

EL UNIVERSO ABIERTO DE KARL POPPER

Jorge Estrella

Como pocos filósofos, Karl Popper ha indicado rumbos que este siglo XX finalmente está haciendo suyos. Tras un itinerario prolongado de cerrada apuesta por modelos tribales de sociedad, los tramos finales del siglo en Occidente asumen progresivamente la convicción de la “sociedad abierta”. Y como esa sociedad abierta, la naturaleza, la vida, el conocimiento, acceden también “creativamente” a sus niveles de mayor complejidad.

La exposición que sigue procura mostrar la afinidad de perspectivas con que este notable filósofo, fallecido en agosto de 1994, examinó el universo, la ciencia, el hombre y lo social.

Pocos filósofos de este siglo han ejercido tanta influencia en el pensamiento actual como Karl Popper. Y no porque su filosofía haya seguido un rumbo simple, afín con el sentido común. Todo lo contrario: el pensamiento de este autor ha escogido invariablemente la defensa de tesis que van contra la corriente, que remecen al sentido común y a las filosofías más o menos previsibles asumidas por las mayorías.

JORGE ESTRELLA. Profesor de Filosofía de las Ciencias en la Universidad de Chile desde 1967. Realizó sus estudios en la Universidad Nacional de Tucumán (Argentina), en la Universidad de Chile y en la Universidad de París (Sorbonne, Vincennes). Autor de varios libros sobre temas de epistemología, lógica e historia de las ciencias, ha cultivado también la narrativa. Su ensayo “Tres razones para la libertad”, aparecido en *Estudios Públicos*, 18 (1985), ganó el premio José Martí de la Asociación de Críticos de Arte (Miami, EE. UU., 1985).

En un siglo que se entusiasmaba con “las leyes inexorables de la historia” declamadas por el totalitarismo marxista, Popper tuvo el coraje y el talento necesarios para demostrar que el curso de la historia humana es impredecible; cuando el positivismo había convencido a medio mundo de que la ciencia es antimetafísica, que las teorías nacen de la experiencia y se justifican en ella mediante verificaciones precisas, Popper reivindicó a la tarea científica como un ejercicio fundado en suposiciones metafísicas que no adquiere por experiencia sus teorías sino por invención; y que no las justifica en verificaciones sino que procura refutarlas para ver si sobreviven a ese intento y muestran, así, su temple; que no hay verdades finales o esencias últimas ya encontradas por el conocimiento (como suelen creer no sólo el sentido común sino también numerosos científicos y filósofos) sino que la ciencia es una aventura de búsqueda sin término; en una cultura contemporánea donde señorean las tesis conductistas que niegan la existencia de los fenómenos mentales en nombre de un monismo materialista supuestamente inspirador de la ciencia, Popper defendió resueltamente el dualismo alma-cuerpo; si el determinismo ha sido hasta hace poco tiempo una ideología tácita, Popper se anticipó a examinarla rudamente y a sostener la verosimilitud del indeterminismo; mientras en la tradición europea aparecía como algo suficientemente demostrado que los procedimientos de las ciencias de la naturaleza y los de las ciencias de la cultura son diversos e irreductibles, Popper sostuvo la unidad del método en ambas esferas del saber, destacando que toda ciencia (llámese historia o física) parte de problemas relevantes a los que procura dar respuestas mediante conjeturas que luego somete a controles severos; cuando la filosofía parecía atrapada entre, por una parte, un logicismo que se prohibía a sí mismo hablar sobre el mundo y se dedicaba al “análisis del lenguaje científico” y, por otra, una densa metafísica, enamorada de absolutos, que abandonaba este mundo para “pensar el ser”, la filosofía de Popper escogía para sí el viejo compromiso griego de hablar con tino y coherencia sobre el universo y el hombre.

Esta enumeración podría continuar. Pero es suficiente para destacar que la filosofía de este autor es un pensamiento a contrapelo de la mirada habitual, dismanteladora de prejuicios arraigados. ¿Por qué su éxito, entonces? Quizás por la poderosa lógica de sus análisis, por la penetración de su realismo. Acaso también por la inusual claridad de sus ensayos.

1. Universo abierto-Sociedad abierta

Karl Popper (1902-1994) forma parte de una vigorosa tradición filosófica austriaca que en este siglo ha centrado su interés en la tarea científica

y en sus resultados. A ella pertenecen, por ejemplo, Carl Hempel, Herbert Feigl, Rudolf Carnap. Popper fue contemporáneo de otros pensadores significativos en distintas áreas de la ciencia, como Kurt Gödel, Karl Bühler, Philipp Frank o Richard von Mises, miembros de la misma tradición filosófica.

El pensamiento de éstos y otros autores da un sello propio a la filosofía austriaca, considerablemente distinto al del resto de la Europa continental. Hablan un lenguaje común y, a pesar de sus marcadas diferencias, están atentos a los resultados obtenidos por las ciencias.

En la tradición filosófica europea de inspiración científica se venía aceptando, desde los tiempos modernos, y especialmente bajo la influencia de la mecánica newtoniana, una visión determinista del universo. Las predicciones realizadas por las distintas ciencias y que luego se ven corroboradas en los hechos, alimentaron la convicción de que el universo está constituido por fenómenos regidos por leyes. Conociendo estas leyes y sabiendo, además, la situación en que se encuentra un orden cualquiera de fenómenos, podemos anticipar sus estados futuros. Y también reconstruir sus estados pasados.

La convicción determinista tiene la virtud de alentar la búsqueda de leyes y, así, de fomentar nuestro conocimiento. Si los científicos abandonaran la expectativa de encontrar patrones estables tras el fenómeno (siempre transitorio e inestable), ¿qué buscarían entonces? ¿Les quedaría acaso algún motivo para investigar?

El determinismo, aunque reforzado por la ciencia moderna, es una antigua opción filosófica. En una de sus formulaciones sostiene simplemente que “el futuro es tan inmodificable como el pasado” (Cicerón). De modo que el universo aparece como el despliegue temporal de una sostenida identidad; como una apariencia variada, plural y engañosa de su trasfondo único. Un mundo clausurado, cerrado, donde no cabe novedad alguna, autocontenido y previsible desde dentro si hemos logrado conocer sus leyes “eternas”. El adagio “nada nuevo hay bajo el Sol” resume esta creencia.

Tal imagen ordenada del mundo en que vivimos puede ser cautivante para muchos. A otros nos resulta claustrofóbica, asfixiante. Quizás se trate de dos opciones metafísicas, de preferencias espirituales que sirven de sostén a personas y a culturas distintas. Pero sin duda a Popper el determinismo le pareció no sólo un asunto de preferencias. Sostuvo que se trata de una opción falsa. Y como fue siempre un argumentador formidable, dio razones para sostener esa falsedad. Recordaré aquí, brevemente, algunas de esas razones.

El argumento más general consiste en distinguir entre el mundo real y las diferentes visiones que de él nos dan nuestras teorías. Si contamos con

una teoría determinista e inferimos que el mundo referido por ella también lo es, confundimos nuestra construcción teórica con la realidad. Un error imperdonable para cualquier filosofía suficientemente conocedora de la historia de las ciencias como aproximaciones sucesivas a lo real. “Si tenemos bien presente —dice Popper— que nuestras teorías son nuestra propia obra, que somos falibles y que nuestras teorías reflejan nuestra falibilidad, entonces dudaremos de que las características generales de nuestras teorías, tales como su simplicidad o su determinismo *prima facie*, correspondan a las características del mundo real”¹. Para hacer más intuible esta objeción al determinismo, recordemos un ejemplo del mismo Popper. Cuando formulamos un conocimiento, una ley por ejemplo, recurrimos inevitablemente a un lenguaje donde hay un sujeto y un predicado. “Pero sería un error concluir del hecho de que una oración de sujeto-predicado [...] haya tenido bastante éxito en su descripción del mundo, o incluso del hecho de que sea verdadera, que el mundo tiene una estructura de sujeto-predicado, o que está formado por sustancias que tienen ciertas propiedades”².

La filosofía sabe, especialmente desde Kant, que no debemos confundir el ámbito objetivo (*noúmeno*) con el orden de nuestras representaciones (*fenómeno*), el objeto real con el objeto construido desde nuestro conocimiento. Se trata de un costoso aprendizaje de humildad ante la riqueza sin término de la realidad: cuando creemos capturarla en nuestras representaciones, siempre surge una dificultad, un conflicto entre hechos y teorías que nos obliga a revisar éstas. Un proceso autocorrectivo que no tiene término previsible.

Esa lección de humildad no siempre ha sido asimilada. Un físico como Stephen Hawking, por ejemplo, alienta la esperanza de contar, en unos veinte años más, con “una teoría unificada completa”. Y una teoría semejante traería consigo “el final de los físicos teóricos”³.

Pero lo cierto es que no podemos saber hoy lo que sabremos mañana. “No podemos predecir, por métodos racionales o científicos, el futuro de nuestros conocimientos científicos”⁴. Esta imposibilidad es suficientemente clara cuando aceptamos que hay un crecimiento real en los conocimientos humanos. Si a principios del siglo actual hubiese sido posible anticipar, por ejemplo, el conjunto de conocimientos químicos y biológicos a partir de los cuales se fabricó la penicilina, la penicilina hubiese sido obtenida también

¹ Karl R. Popper, *El universo abierto* (Madrid: Editorial Tecnos, 1984), p. 66.

² *Ibíd.*, p. 66.

³ Stephen Hawking, *Agujeros negros y pequeños universos* (Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina, 1994), p. 77.

⁴ Karl R. Popper, *La miseria del historicismo* (Madrid: Editorial Alianza-Taurus, 1973), p. 12.

anticipadamente. Porque predecir hoy lo que sabremos mañana es poder contar hoy con ese conocimiento futuro. Dicho conocimiento, por lo mismo, deja de ser futuro y se convierte en conocimiento actual.

Una afirmación tan sencilla se convierte, en manos de Popper, en otra poderosa objeción contra las pretensiones de la ideología historicista. Con el marxismo a la cabeza, dicho credo venía sosteniendo que la realidad está gobernada por leyes y que la historia humana no es excepción a esa regla; que conociendo dichas leyes podía contarse con un pronóstico “científico” del futuro humano; y que dicho pronóstico, claro está, anunciaba el advenimiento inexorable de la comunidad socialista (sin clases sociales, sin propiedad privada, sin contradicciones internas, sin pobreza). En suma, un paraíso donde reinaría el progreso espiritual indefinido del hombre nuevo y liberado de la opresión capitalista).

Veamos más de cerca cómo usa Popper el simple reconocimiento de que no podemos saber hoy cuál será el estado de nuestros conocimientos futuros, para desmontar las pretensiones “científicas” del historicismo. Hay otra realidad igualmente obvia: “El curso de la historia humana está fuertemente influido por el crecimiento de los conocimientos humanos”⁵. Esta segunda afirmación, unida a la primera, permite concluir que “no podemos predecir el curso futuro de la historia humana”⁶. El argumento es simple y contundente. Sobre su base puede rechazarse “la posibilidad de una *historia teórica*; es decir, de una ciencia histórica y social de la misma naturaleza que la *física teórica*. No puede haber una teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la predicción histórica”⁷.

El determinismo podrá replicar que, ciertamente, el curso futuro de la humanidad está influido poderosamente por nuestros conocimientos y que dichos conocimientos no pueden ser conocidos con anticipación. Pero —podrá agregar— ello no niega que hay un curso real rígidamente determinado. El determinismo materialista podrá sostener —acaso con razón— que la historia del hombre y de la naturaleza tiene un solo curso, que no hay en él alternativas, porque finalmente hay espacio para una sola secuencia temporal hecha de pasado, presente y futuro. En otras palabras, todo tiempo acaba finalmente en el pasado, y éste es inmodificable. Ahora bien, ¿puede conocerse ese curso temporal predeterminado? Y aquí la posición del determinismo tendrá que aceptar que, de ser conocido, los hombres lo modificarán, todas las veces que puedan, si el futuro les resulta adverso⁸.

⁵ Karl R. Popper, *La miseria del historicismo*, op. cit., p. 12.

⁶ *Ibidem*, p. 12.

⁷ *Ibidem*, p. 12.

⁸ He desarrollado más ampliamente las consecuencias de este análisis en mi trabajo “Tres razones para la libertad”, *Estudios Públicos*, 18 (otoño, 1985), p. 53; y en mi libro *Conocimiento y biología* (Santiago: Editorial Hachette, 1991), p. 119.

Popper sostiene que podemos predecir el curso de cualquier acontecimiento futuro sólo si nos ubicamos “desde fuera”. Tal es el caso de la predicción de un eclipse, por ejemplo. Nos hallamos “fuera” porque no podemos o no deseamos intervenir en la ocurrencia del fenómeno. Pero si intentamos hacerlo “desde dentro”, como, digamos, en el caso de anticipar científicamente los valores futuros de la bolsa, ese mismo conocimiento nos hará modificar dicho futuro. Y la realidad predicha no se cumplirá, porque ese conocimiento del futuro hará cambiar la actitud de los propietarios de acciones. Por ello es que cualquier función predictora de la ciencia funciona bien (y de acuerdo con el determinismo) cuando alude a realidades que escapan a nuestra influencia. Y, claro está, la historia humana nos compete demasiado, no escapa a nuestra influencia. En resumen, la autopredicción hecha desde dentro de un sistema histórico y referida a hechos futuros del propio sistema no puede realizarse con éxito. Porque el conocimiento, anticipado por la autopredicción, perturbará la ocurrencia del estado futuro que la autopredicción anticipó. Y lo que ocurrirá efectivamente será otra cosa.

Lo notable de este argumento en contra del determinismo es que no recurre a oscuras densidades metafísicas (como hace el idealismo alemán, por ejemplo) para defender la condición libre del ser humano. Más bien toma elementos simples y cotidianos. Está ocurriendo todos los días que modificamos un futuro que nos es adverso y que conocemos de antemano. ¿Qué son, si no, las prescripciones del médico o del ingeniero, sabedores del curso futuro de una enfermedad o del rendimiento esperable de una máquina? Se trata de acciones encaminadas a torcer el curso previsto para disminuir sus efectos indeseables. Además, Popper le ha dado otra formulación⁹, donde el predictor es una computadora. De este modo procura colocarse en el mismo terreno del determinismo para refutarlo, sin recurrir a nociones como “alma”, “libertad”, “valoración”, “vida”, u otras semejantes. Popper procura mostrar que, aun concebidos como sujetos físicos, los predictores (humanos o máquinas) no pueden ejecutar autopredicciones que se cumplan.

Otro rasgo significativo de la argumentación de Popper es que la libertad humana no está asociada al azar sino más bien a la “acción racional”. No podemos ejecutar autopredicciones sobre nuestras decisiones futuras, pues no sabemos con cuáles conocimientos contaremos en ese futuro antes de tomar dichas decisiones. No somos libres porque estemos regidos

⁹ Cf. *El universo abierto*.

por el azar: somos libres porque ignoramos, porque nuestro conocimiento es siempre limitado.

El universo, desde esta perspectiva, aparece inagotablemente enigmático. No hay simetría entre pasado y futuro, como quiso la visión mecanicista de la física newtoniana. El futuro es “abierto”, promueve novedades que siempre desconoceremos, posee una capacidad de sorprendernos con la “emergencia” de órdenes nuevos. “La idea de evolución ‘creadora’ o ‘emergente’ es muy simple y un tanto vaga”, sostiene Popper. Alude al hecho de que en el transcurso de la evolución ocurren cosas y sucesos nuevos con propiedades inesperadas y realmente impredecibles: cosas y sucesos que son nuevos en el sentido en que se puede considerar nueva una gran obra de arte¹⁰.

Del mismo modo, las sociedades humanas no tienen un rumbo inevitable de decadencia (Platón, Spengler) o de progreso (Hegel, Comte, Marx). Pero hay propensiones genuinas a cancelar los riesgos de la vida recurriendo a la sociedad *cerrada*, esto es, una “sociedad mágica, tribal, o colectivista”¹¹. Semejante programa colectivo viene entablado una vieja lucha con otra propensión no menos originaria entre los hombres: el proyecto de la sociedad *abierta*, “aquella en que los individuos deben adoptar decisiones personales”¹². Precisamente en la primera página de *La sociedad abierta y sus enemigos* (obra temprana de Popper, publicada en 1945), su autor recoge dos textos paradigmáticos que diseñan ambos proyectos. El primero pertenece a Pericles, quien caracteriza brevemente esa sociedad abierta diciendo, alrededor de 430 años antes de Cristo: “Si bien sólo unos pocos son capaces de dar origen a una política, todos nosotros somos capaces de juzgarla”. El otro texto es de Platón, escrito unos 80 años después, y constituye un manifiesto más explícito de la sociedad cerrada: “De todos los principios, el más importante es que nadie, ya sea hombre o mujer, debe carecer de un jefe. Tampoco ha de acostumbrarse el espíritu de nadie a permitirse obrar siguiendo su propia iniciativa, ya sea en el trabajo o en el placer. Lejos de ello, así en la guerra como en la paz, todo ciudadano habrá de fijar la vista en su jefe, siguiéndolo fielmente, y aun en los asuntos más triviales deberá mantenerse bajo su mando. Así, por ejemplo, deberá levantarse, moverse, lavarse o comer... sólo si se le ha ordenado hacerlo. En una palabra: deberá enseñarle a su alma, por medio del hábito largamente practi-

¹⁰ Karl R. Popper-John Eccles, *El yo y su cerebro* (Barcelona: Editorial Labor, 1980), p. 24.

¹¹ Karl R. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1967), p. 269.

¹² *Ibídem*, p. 269.

cado, a no soñar nunca actuar con independencia, y a tornarse totalmente incapaz de ello”.

Esparta y Atenas fueron ejemplos históricos de ambos modelos de convivencia humana. Nótese que la sociedad cerrada procura cancelar el cambio histórico, en tanto que la sociedad abierta acepta el desafío de ir construyéndolo creativamente, como viene haciéndolo, por otro lado, el universo entero.

Releer a Popper hoy, cuando llevan más de una década la nueva física del caos y el posmodernismo, permite advertir cuán tempranamente su filosofía anticipó rumbos al reivindicar la singularidad (de la persona o de cualquier segmento de lo real) frente a las pretensiones totalitarias de las grandes visiones holísticas. Defensor y prolongador de la tradición naturalista, Popper escapó de los cepos dogmáticos del materialismo y del positivismo, a los que habitualmente el naturalismo se asocia. Porque su visión del universo no duda en aceptar como “reales” una cantidad importante de entidades que el positivismo y el materialismo desdeñan como ficciones metafísicas. Así, por ejemplo, “mente”, “cultura”, “campo de fuerzas”, son para Popper entidades reales. Su realismo es ancho, sin duda, frente al realismo estrecho sostenido por el materialismo. A juicio de Popper, el término “real” se aplica inicialmente a “cosas materiales de tamaño ordinario”¹³. Desde allí lo extendemos hacia objetos mayores (estrellas, galaxias, por ejemplo) y menores (moléculas, átomos). ¿Con qué criterio ejercemos esa ampliación de lo real, desde objetos de escala ordinaria u objetos *prima facie* reales, a otras entidades que no lo son? “Mi sugerencia —responde Popper— es que las entidades de las que conjeturamos que son reales deben ser capaces de ejercer un efecto causal sobre cosas *prima facie* reales; es decir sobre cosas materiales de tamaño ordinario: que podamos explicar cambios en el mundo material ordinario de las cosas por los efectos causales de entidades que conjeturamos como reales”¹⁴.

De modo que cuando Sócrates, desoyendo el consejo de sus discípulos que lo instaban a fugarse, bebe su cuota de cicuta, hemos de aceptar que su decisión (un hecho mental) es real en la medida en que fue capaz de levantar el brazo de Sócrates, colocar el recipiente entre sus labios y hacerle tragar el veneno. Al conductismo (filosofía consecuente con el materialismo y con el positivismo) le cuesta, en cambio, tragar y asimilar como reales a los fenómenos mentales: no se los percibe como dato en recuento alguno de

¹³ Karl R. Popper-John Eccles, *El yo y su cerebro*, op. cit., p. 10.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 10.

los estados neuronales de personas y animales. De manera que son ficticios. Para Popper, en cambio, así como los hechos mentales son reales, también es real ese conjunto intangible que llamamos cultura. Las distintas formas de materialismo no le perdonaron a Popper esa apertura de la noción de realidad hasta cubrir entidades no reducibles a lo material. Pero él se defendió sosteniendo que es la ciencia, precisamente en cuyo prestigio suele parapetarse el materialismo, quien usa asiduamente entidades de tan dudosa realidad material como si fuesen entidades objetivas: “campo gravitacional”, “interacción fuerte”, por ejemplo, son reales justamente en la medida en que pueden modificar objetos ordinarios.

Pero este distanciamiento de la estrechez positivista y materialista no alineó a Popper con la tradición espiritualista. Desde ese frente ha sido entendido como un positivista más. La filosofía institucionalizada en las universidades, por ejemplo, vio con disgusto sus exámenes implacables del pensamiento de autores consagrados en el olimpo de la historia de la filosofía: Platón, Hegel, Marx, por ejemplo, entre otros, son mostrados por Popper como genuinos representantes de modelos tribales de sociedad, adversarios de la libertad de las personas, planificadores de utopías salvacionistas con fuerte arraigo en motivaciones místicas pero disfrazadas de un cierto “racionalismo” que continúa seduciendo a los profesores universitarios (más proclives a reiterar el pensamiento establecido por la tradición que a confrontarlo con la realidad para juzgar su veracidad). Para colmo, los análisis de Popper revelan un profundo conocimiento de esos autores. Y como si ello fuese poco, hay en él una elevada actitud de respeto hacia sus adversarios intelectuales, un señorío que no descalifica personas pero socava en sus raíces a las diversas formas de irracionalismo consagrado por la filosofía tradicional. Todo ello vuelve intolerablemente atendibles sus razones.

Lo cierto es que su condición de pensador “no alineado” condujo a una cantidad importante de equívocos: se le atribuyeron ideas que no sostuvo y se malinterpretaron otras que defendió claramente¹⁵.

2. Ciencia abierta

El universo, la sociedad, el individuo, son reivindicados en sus virtualidades creativas por la filosofía de Popper. Y el conocimiento ejercido

¹⁵ Ejemplo de tales malentendidos es el cometido por pensadores del Círculo de Viena al interpretar el criterio de demarcación (entre ciencia y metafísica) de Popper como un criterio de significación. Ello era un modo de ver a Popper como un positivista más, embarcado en la inútil tarea de negar significado a enunciados metafísicos. Actitud ajena a nuestro autor.

por las ciencias es analizado por nuestro autor desde la misma hebra interpretativa: la ciencia no es un conocimiento final y acabado; tampoco es un conjunto de procedimientos justificados solamente por su eficacia. Ambas interpretaciones —sostenidas por diversas formas del esencialismo filosófico la primera, y por el pragmatismo la segunda— dejan escurrir el curso real del crecimiento científico: “el progreso de la ciencia tiene lugar, en gran medida, a través del descubrimiento de los errores anteriores... en general, cuanto más sabemos mejor nos damos cuenta de que no sabemos. (El espíritu de la ciencia no es otro que el de Sócrates.)”¹⁶ El crecimiento del saber, en lugar de apurar el acceso a un límite final, tiene el efecto contrario: el borde con lo desconocido se amplía. Y esta situación no es un accidente en la condición del hacer científico, ni una limitación lamentable ocasionada por nuestras deficiencias perceptivas o intelectuales. En verdad se trata de la condición para obtener un crecimiento real de nuestros conocimientos. Porque el conocimiento ensaya entender lo *conocido* desde lo *desconocido*: conjeturamos éste para entender aquél. El desnivel entre lo que conocemos y lo que ignoramos es tan poderoso que genera un impulso a equilibrar esa diferencia. Y el lugar natural de ese desequilibrio es el *problema*. La ciencia crece planteando problemas, esto es, señalando desacuerdos entre nuestras expectativas, sostenidas por nuestras teorías, y algún orden de realidad que descalifica esas teorías. En cierto sentido, la historia de la ciencia es la historia del error, la historia del esfuerzo humano por autocorregir sus imágenes de mundo. Del mismo modo podemos decir que una especialidad científica “no es sino un conglomerado delimitado y construido de problemas y ensayos de solución”¹⁷.

Así como los organismos están sometidos a la selección natural —que elimina a los ineptos y permite sobrevivir a aquellos cuyos rasgos poseen un mejor poder adaptativo—, así las teorías se hallan en permanente mutación para acomodarse a su vector de sobrevivencia: la búsqueda de la verdad. La razón y la experiencia actúan como selectores refutando un sistema de expectativas (teorías, creencias) por contradictorio o por hallarse en desacuerdo con los hechos de experiencia. La ciencia prolonga el procedimiento puesto en práctica tempranamente por la vida: el procedimiento de *ensayo y error*. Y así como no hay un organismo final, substraído a la evolución por haber logrado un ajuste definitivo consigo mismo y con su

¹⁶ Karl R. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, op. cit., p. 345.

¹⁷ Karl R. Popper, *La lógica de las ciencias sociales* (México: Editorial Grijalbo, 1978), p. 14.

ambiente, tampoco hay teorías finales, ajenas al cambio histórico y a las correcciones que éste trae consigo. Por ello la ciencia es una búsqueda sin término.

Puede verse aquí la continuidad entre el pensamiento político y el epistemológico de Popper, surgidos ambos de la misma intuición: la sociedad cerrada intenta eliminar la autocrítica, aferrarse a sus dogmas iniciales y volverse, así, invulnerable al cambio, a las correcciones perturbadoras; el orden tribal es mantenido a cualquier precio en esas sociedades totalitarias antiguas y contemporáneas. La sociedad abierta, por el contrario, hace de la autocrítica un estilo de convivencia, acoge el procedimiento de ensayo y error y no se aferra tercamente a normas o instituciones; como reconoce la falibilidad humana, acepta con coraje el desafío del cambio histórico pero sin apostar en él con el emocionalismo propio de los fundamentalismos revolucionarios. No es casual que la aventura del conocimiento sólo prospere cabalmente en las sociedades abiertas.

Y así como las mutaciones orgánicas no son fruto de instrucciones del ambiente, tampoco las teorías surgen de la experiencia. No es la experiencia del ambiente lo que nos orienta a entender de un modo u otro al mundo: nuestras imágenes de mundo son creaciones libres que luego la ciencia somete a controles exigentes en la experiencia.

El conocimiento, así, contra lo que han venido sosteniendo el empirismo, el positivismo y las distintas formas de materialismo, “no comienza con percepciones u observación o con la recopilación de datos o de hechos, sino con *problemas*”¹⁸. El conocimiento se inicia “en el descubrimiento de una posible contradicción entre nuestro supuesto conocimiento y los supuestos hechos”¹⁹. La historia del desarrollo de las ideas parece apoyar esta interpretación de Popper. Pasteur hace sólo poco más de un siglo se hallaba enfrascado en una difícil polémica contra la teoría biológica de la generación espontánea; no muy diferente fue la situación de Galileo en un contexto de cerrada defensa del geocentrismo contra el cual luchó. ¿Podremos encontrar un ejemplo de avance científico donde una nueva teoría no entre en conflicto con la interpretación dominante? ¿Puede sostenerse acaso el desarrollo de las ideas como un tranquilo discurrir de descubrimientos cómodamente enlazados unos con otros en una ampliación ordenada que pronto llegará a su fin? Esta interpretación un tanto superficial olvida el hecho de que el incremento de nuestro saber hunde sus raíces “en la tensión entre el conocimiento y la ignorancia”. ¿Cómo podría surgir la vida, por

¹⁸ Karl R. Popper, *La lógica de las ciencias sociales*, op cit., p. 10.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 10.

generación espontánea, desde lo inorgánico? ¿Cómo aceptar que el universo entero gire en torno de la Tierra en un día cuando es más simple concebir que un giro diario sobre su eje produce en nosotros la visión engañosa del universo evolucionando sobre nuestro centro? Son preguntas, son problemas inherentes a las modificaciones que produjeron Pasteur y Galileo. Sus teorías son ensayos de solución a esos problemas, precisamente.

3. Popper, filósofo del siglo XX

Popper vivió 92 años de este siglo. Perteneció a él, lo pensó en sus más diversas expresiones (ciencia, filosofía, política, economía, arte). Casi no menciona la palabra libertad en su vasta obra escrita. Y sin embargo difícilmente se hallará ejemplo más consecuente de un pensador comprometido con ella. Cuando los intelectuales caían rendidos en masa ante las ideologías totalitarias de este siglo (comunismo, nazismo, fascismo), aunque hubiesen enarbolado profusamente ideas sobre la libertad como Sartre, Heidegger y tantos más, la figura sobria de Popper se encumbra hacia el fin de siglo como un modelo de fidelidad intelectual al compromiso de entender nuestro mundo. Junto a pensadores como Einstein o Piaget, contribuyó a entregarnos una perspectiva naturalista enriquecida, consciente de sus propias limitaciones, más fiel a su orientación que a sus errores. □